

152/309

1-269 "da Ilustración Española y Americana

Madrid, 30 noviembre 1900

1-269

(Recogido en "De esto y de aquello",  
Tomo IV)



# DE LA VOCACIÓN.

## DIÁLOGO.

No — dijo Eusebio, — no, nada nuevo, nada que de nuestros hábitos y costumbres se salga, sino lo mismo que de siempre venimos haciendo, pero á conciencia.....

—¿Y tú crees —le respondió León— que con eso sólo habremos de regenerarnos?

—¿Sabes acaso —replicó aquél— lo que envuelve eso de hacerlo todo á conciencia, procurando darnos cuenta de por qué lo hacemos?

—Algo entreveo.

—Mira, León, lo capital estriba en que, en vez de convertirlo todo en rutina, vivifiquemos nuestras viejas rutinas. Cumple cada cual su oficio como de compromiso, para salir del paso; es nuestra vida puramente somnambúlica. Diríase que una potencia oculta, que *en común daño impera*, que dijo Leopardi, nos tira de los hilos.....

—¿Y cómo hemos de hacer todo á conciencia, querido Eusebio?

—Mira, tú conoces á Ramón y sabes bien la historia de su elección de carrera, si es que puede decirse que la haya elegido. Fué su padre, primero juez, y magistrado luego; oyendo hablar de autos y sentencias y pleitos creció el muchacho; cuando de niño se le preguntaba: «¿Tú qué quieres ser, Ramoncito?», contestaba: «¡Como papá!» ¡Es natural! Vióle un día con su toga y su birrete, y tal impresión produjo esto en la tierna imaginación del muchachuelo, que entonces concibió casi inconscientemente la *vocación* (la llamaremos así) que á la judicatura le ha llevado. Y hoy, ya lo ves, él se dice: «El Estado me paga para juzgar..... y juzgo.» ¿Se ha preocupado alguna vez, dime, del alcance de su función fuera del servicio que al Estado rinde? ¿Piensa en su papel social?

—Me parece que no.

—Así me parece también. Mira á Terreros. Metieronle sus padres en un seminario; cursó varios años de Humanidades, Filosofía y Teología; ahorró los hábitos, y encontróse con que de no ordenarse de sacerdote apenas habian de servirle para ganarse la vida los conocimientos que en su mente encajonara. ¿Y qué hizo? Para aprovechar

sus estudios de latín se hizo licenciado en Letras; oposicionó una cátedra de latín, la ganó, y ahí le tienes explicando esa lengua. El se dice: «Me dan mi sueldo por explicar latín..... y lo explico; es un contrato con el Estado; él me paga y yo doy mis lecciones; cumplo con mi obligación.» ¿Crees tú que con ella cumple?

—Según se entienda eso de obligación y eso de cumplir.

—Créeme, León, que el que sólo cumple su cometido, lo que por tal entendemos, no justifica ante la sociedad su vida. No ha de ser un hombre un caballo de noria, que, obediente al amo, saca agua del pozo sin pararse á pensar para qué haya de servir tal agua. Y créeme que si Terreros pensase en la utilidad ó inutilidad social que su enseñanza reporte, habría de modificarla en consonancia. Estamos perdidos porque cada cual hace las cosas como ha visto hacerlas, según el patrón recibido, que es, después de todo, lo más cómodo. Todo se convierte en ceremonial; á tal hora tal cosa y de tal modo.

—¿Es que pretendes acaso que seamos originales todos?

—Todos debemos serlo, porque todos podemos, cada cual en su medida, ser originales. No se trata de innovar, sino de hacer lo viejo como si siempre fuese nuevo. Te encargan de algún cometido de rúbrica, de algo que viene haciéndose; pues bien, en vez de consultar los precedentes, debes decirte: «¿Y esto para qué sirve? ¿qué utilidad social reporta? ¿á qué conduce?» Porque cuando algo se estableció, se estableció para algo. Si crees dar con la raíz de la tradición, remózala, sácala á flor de tierra más jugosa, riégala á tu manera y harás progresar á la tradición. Si el cometido que te encomendaron lo crees del todo baldío é inútil, renuncia á él; si en algún modo crees que puede renovarse, renuévalo. Pero nunca, jamás, nunca lo llesves á cumplimiento por salir del paso, porque hay que hacerlo, por ruti-

ALFES  
IDAD  
ANCA

que



na, en fin. El que habla de deberes penosos padece de pereza moral, que es, con la pereza mental, la más terrible de todas.

—¡Oh! No le des vueltas; todas tus sutilezas de nada sirven. Hay deberes penosos, penosísimos; hay funciones que son pesadas cargas. La educación del individuo, como la del pueblo, es algo muy duro, algo á que nuestra rebelde naturaleza se resiste.

—¡Pobre naturaleza humana y cómo la calumniáis los que de la vida y del mundo tenéis concepción tan lúgubre! Nada más alegre y llevadero que el deber, cuando es deber social y no artificioso precepto.

—¡Oh, no, Eusebio, no! ¡Cuántos y cuántos hay que arrastran su vida cumpliendo su obligación cual un deber penoso!

—Es que no hacen lo que debieran, aunque no sea de ellos la culpa.

—Aunque no sea de ellos la culpa....

—Sí, aunque no sea de ellos la culpa. Porque no es culpa del pobre obrero que fabrica objetos de mero lujo ó de evidente fin dañoso, si con ellos tiene que ganarse el pan. Y ¿no has visto con cuánto más ímpetu y arrojo, con cuánta más alma trabaja un albañil en un incendio, donde ve la finalidad hondamente humana de su labor, que no en obras que acaso se emprendieron sin objetivo claro? ¿No has visto cómo hacen que hacen, sin hacer apenas nada, esos á quienes los municipios ocupan para darles qué comer? Van los unos desempedrando las calles para que otros tengan que volverlas á empedrar y sea así decolora la limosna municipal.

—Eso se ve á menudo.

—Pues á esos pobres jornaleros me recuerdan los que, como Ramón y Terreros, sustancian pleitos ó dan lecciones para justificar el sueldo con que el Estado les provee.

—¿Pero tú crees, Eusebio, que podrían hacer otra cosa?

—Todo hombre puede hacer lo mismo que hace, no otra cosa; pero no como lo hace, sino á conciencia, vuelvo á repetírtelo, á conciencia social, puesta la vista, no en el Estado ni en el sueldo, sino en la sociedad y la vida. El que así no hace, gana lo que come, pero no lo merece.

—¿Y el modo de llevar las gentes á que cumplan su obligación á conciencia?

—¡Ah! De eso he de hablarte otro día. Por de pronto, te diré que es el más poderoso factor la opinión pública, esa opinión pública á que acusan de extraviada cuantos en la pereza moral y en la mental se adormilan. Toda corporación cerrada es nido de muerte, es pantano anidador de agotadora fiebre palúdica. Hay que orearla. Es

menester que á ella lleguen el vaho y las voces de la calle, el rumor de las muchedumbres, la presión del ambiente exterior. ¡Ay de esas estufas cuyos termómetros no van de par con los de la calle! ¡Ay de los prestigios de incubadora! Es señal terrible la de afrontar la opinión pública, la de fingir despreciarla....

—Pero ¿crees que existe tal opinión pública? ¿A qué llamas así? ¿A la que se arrojan cuatro papeles que circulan más ó menos? ¿Crees que puede el público formar opinión de cosas que no conoce?

—Peor las conocen, dígame lo que se quiera, los que dentro de ellas viven. Créense en plena luz dentro de su antro; pero salgan fuera, mírenlo desde bajo el cielo abierto, y verán qué escondrijo de sombra. Bueno es recogerse, pero después de haberse derramado y para derramarse. No sé qué es peor, si el enajenamiento ó el ensimismamiento; con ser opuestos, conducen á lo mismo.

—Con todo lo cual quieres decir....

—Que es ésta que usamos una manera de cumplir el deber que en autómatas nos convierte. La sociedad ni es, ni puede, ni debe ser un convento ni un cuartel. ¡Ay del que ejecuta un orden sin meditar en ella! ¡Ay del que llena las obligaciones de su cargo sin reflexionar en el fin social hondo y eterno, en la finalidad íntima de lo que hace! El carro de Yagernaut, del Progreso, le aplastará, por no haber querido molestarse en subir á él, donde caben todos, absolutamente todos. ¿Has oído el cuento del banco aquel en que no se permitía sentar?

—No lo recuerdo.

—Pues fué el caso que, paseando cierto sujeto por una alameda contigua á un cuartel, se encontró al ir á sentarse en un banco de madera con que el centinela se lo impidió. «Pero, señor—se dijo el hombre—si este banco está aquí para que los paseantes se sienten, ¿por qué me lo impiden?» Y como

con un centinela, *esclavo de su obligación*, fíjate bien en esto, esclavo y no dueño de ella, no cabe discusión, llamó al cabo de guardia. Del cabo subió al oficial, del oficial á otro superior, y así hasta el comandante. Ninguno sabía la razón de tan extraña orden; habían todos recibido de su antecesor la consigna. Insistió nuestro hombre en buscar la razón del mandato entre aquellos esclavos de la disciplina, y averiguó al cabo que hacía más de un año se había pintado el banco, y que el comandante que lo vió, por un sentimiento laudabilísimo y medida altruista, ordenó que

crical  
1-269  
llo»



se prohibiera sentar á nadie para impedir que se manchara la ropa. Olvidóse de retirar la orden al secarse el banco y desaparecer así la razón de aquélla, y siguió prohibiéndose que se sentara nadie en un banco que para que los paseantes se sentaran se puso.

—;Sugestivo suceso!

—;Y tan sugestivo! Porque ¡son tantos y tantos los que, esclavos y no señores de su obligación, hacen de centinelas para, impidiendo que el prójimo se siente, evitarle el que se manche en un banco archiseco! Y ni siquiera saben por qué no le dejan que se siente. ¡La consigna! ¡la consigna en todo! Aquí está el margen, mira, lee: «traje de etiqueta, corbata y guantes blancos.» ¿Te acuerdas? ¿te acuerdas de D. Baldomero? «¿Cómo viene usted sin corbata?» El pobre D. Baldomero era de lo más ordenancista y escrupuloso en su cometido; te acordarás que no faltaba un día á clase, que tomaba lista escrupulosamente, y que, si nadie entraba, estaba allí solo la hora y media, ante los bancos vacíos. Y D. Baldomero, esclavo de su obligación toda su vida, jamás supo cumplir su deber, su deber social. Como los jornaleros municipales de los inviernos duros, trasportó tierras de un sitio á otro sin utilidad social alguna, para justificar ante el Estado su sueldo.

—La cosa creo, amigo Eusebio, que es algo más complicada de lo que te figuras.

—Todo es más complicado de lo que nos figuramos, lo cual no obsta para que nos determinemos á obrar. Malo es cubrir con el pretexto de la pereza la impotencia; pero no es mejor con el pretexto de impotencia encubrir la pereza, la pereza moral y la mental.

MIGUEL DE UNAMUNO.

UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA  
CREDOS USALES



15-2/309